

BEMBIBRE DE AYER Y DE HOY

Han pasado muchos años desde que Bembibre, capital del Bierzo Alto, dejara de ser un pequeño pueblo de 2.000 habitantes para convertirse en una población de casi 10.000 donde conviven una pluralidad de culturas diferentes y, aunque en esencia continúa siendo el mismo, ya ha perdido muchas costumbres, costumbres que solamente permanecen en la memoria de los mayores, de todos aquellos adolescentes en los años cincuenta, de una generación tan ingrata como entrañable, de un Bembibre que ya es historia.

Bembibre, capital del Bierzo, situado al noroeste de la provincia leonesa en una comarca que bien lleva su nombre, Bierzo, del latín "Bergidum", montañoso, en una comarca que no tiene nada que ver con el resto de las comarcas leonesas, que tiene una personalidad propia influida por la Galicia vecina, que respira su propia vida una vez que pasamos el puerto de Manzanal viniendo de León y empiezan a aparecer tímidamente las primeras pizarras de los tejados que, si hubiera que situarla dentro de algún movimiento pictórico, nadie dudaría en el Impresionismo, los trazos, suaves, las pinceladas rápidas y los ligeros contrastes de luz y color, en el que si hubiera un Van Gogh berciano se asomaría a las huertas desde un sueño casi mitológico que acompaña siempre a todo aquél que sabe ver la esencia de las cosas y respirar el paisaje y los colores ocres, amarillos, verdes, fucsias, rosados de las viñas...

Al llegar a Bembibre dejamos a la derecha el Santuario del Cristo para encontrarnos con un precioso valle cultivado de pequeñas huertecillas que allí se llaman linares. Las linares, huertas de un terreno espléndido, daban antiguamente, aunque todavía siguen cultivándose, pimientos, verduras variadas, guindillas... Con las guindillas, una vez secas en los corredores de las casas, se hacía pimentón en los molinos que se usaba para la matanza; sobre todo se llevaban al molino de La Fuente.

La vida entonces, en los años cincuenta, era una vida dura pero tranquila. Bembibre vivía básicamente de la minería y de la agricultura y, seguramente, para alguien que haya nacido y vivido su niñez en un pueblo minero como es éste, guarde en algún rincón del cuerpo una cicatriz de carbón jugando a las minas con los residuos de este mineral.

También había en este tiempo algo de comercio y ferias de ganado que se celebraban en el Palacio, llamado así por los habitantes del lugar, donde existió un

para todos aquellos que habían bajado a Bembibre después de haber “cerrado el negocio” para comer el sabroso manjar con unos buenos vasos de vino.

Después de trabajar en las linares la gente llegaba a casa a preparar el sabroso caldo berciano, cuyo aroma llegaba hasta la calle por las ventanas de las cocinas y salían, cuando hacía buen tiempo, a tomarlo a las puertas de sus casas en los barrios más típicos de Bembibre como son el barrio de La Fuente y La Villavieja. El barrio de La Fuente se llamaba así porque tenía una fuente de tres caños donde iban a lavar las mujeres ya que entonces no había agua corriente en las casas. Esta labor solía realizarse el lunes y más de un comentario del fin de semana salía a relucir. El agua para el consumo se iba a buscar también a la fuente del Pin-Pin, aunque manaba muy poca agua pero buenísima ya que bajaba de la montaña.

En la época estival se hacían en Pradoluengo las trillas de pan; esta labor consistía en esparcir las espigas con la paja por el suelo de forma circular con un trillo de madera y clavos tirado por una mula o un caballo y que daba vueltas por encima del cereal hasta desgranarlo para, posteriormente separar la paja del grano.

Los viñedos, una parte importante de la agricultura berciana, se trabajaban con los bueyes y se cavaban con azadas a mano, que previamente se habían llevado a las herrerías para afilar y templar.

En septiembre es la vendimia y en noviembre la recolección de las castañas. Ambos meses constituyen en El Bierzo la época más bella del año, cuando la comarca se encuentra en su máximo apogeo y esplendor. De los residuos de la uva, los pellejos, se extraía el exquisito orujo, al terminar la vendimia, en los alambiques que tanto abundaban por aquellos años en Bembibre. Poco a poco se iban llenando las bodegas y despensas para el invierno con las últimas recolecciones de castañas y nueces. En otoño todavía hay muchos días soleados que se aprovechan por los jóvenes para hacer los “magostos” en el campo, principalmente en “El Gelón”, “El Campo de las Brujas o la Dehesa”, “Camino de San Pedro Castañero”...

Las pandillas de amigos se reunían saliendo ya de sus casas con las botas de vino nuevo y todos colaboraban en la hoguera donde se asaban las castañas que se robaban del paraje (entonces no tenía importancia porque sobaban) en todo un ritual mágico donde las brujas-meigas saltaban en el fuego transformadas en fruto entre risotadas campestres. Una vez asadas se las colocaba encima de unas hojas de cepa para apaciguar el ánimo los humos de estos espíritus saltarines y así la castaña quedaba entrecocida, no dura. Después se extendía la hoguera con las castañas, se cogían y tiznaban las caras de los compañeros que bajaban cantando al pueblo con las caras ennegrecidas al igual que los mineros cuando bajaban en camiones con los candiles de carburo de las minas de Arlanza, Igüeña y San Andrés de las Puentes. La estampa de los mineros bajando del duro trabajo en aquellos camiones es algo que todos los mayores recordarán de tan intensa, expresiva y

negra formando un cuadro a carboncillo en blanco y negro, sin más color que el sol del cansancio en dos tonos.

Por este tiempo también se iban criando los cerdos para la matanza que hacían las propias familias del pueblo en sus casas alimentando en los meses de la ceba a los animales con remolacha, calabaza, castañas mezcladas con harina, todo ello cocido. La época de la ceba se hacía unos meses antes de las fiestas navideñas, en el frío y las heladas propias para la curación de las carnes al humo de las lumbres en las cocinas donde se ahúman principalmente los chorizos y los exquisitos botillos, manjar gastronómico, grueso ya en la envoltura y sabroso como nada en las costillas, rabos, pieles y salazones que por algo lo convierten en el producto autóctono más genuino de la comarca berciana.

Además del hermoso paraje de “La Dehesa” que servía de esparcimiento a los habitantes de Bembibre en días soleados, también la carretera de San Román, que en aquella época tenía una espesa arboleda a ambos lados de la carretera, la cual formaba un romántico túnel y servía de recreo y paseo para todos los andarines, poetas y enamorados.

Como ya hemos dicho, Bembibre en los años cincuenta tenía una población reducida; cuatro escuelas, dos de niñas y dos de niños, en Pradoluengo y más tarde un parvulario en El Palacio, un sacerdote, Don Ricardo, poeta “Vatemar”; dos boticas, la de don Emilio, poeta “Brazo y Corazón”, don José, doña Arístides y doña Asunción. Aquellos maestros de antes, medios ingenuos y despistados, que sabían escribir como nadie con trazos y diferentes tipos de letras, maestros con los que se aprendía y no se olvidaba jamás. Al no haber institutos ni colegios religiosos los niños tenían que ir a Ponferrada a estudiar el Bachillerato después de haber pasado por alguna academia del pueblo. Médicos había dos y, en caso de gravedad, se trasladaba al enfermo a León. En fin, un pueblecito donde se conocían todos.

Para los jóvenes había varias diversiones. El “Dancing”, único en El Bierzo por sus emparrados y flores cuidados con mimo por Fito, el dueño del local, donde se iba a bailar los fines de semana y al que acudían todos los mozos de Ponferrada. También existían los llamados “bailes de reglamento” o bailes de sociedad, donde había que ir con corbata los chicos y con las mejores galas las chicas. Estos bailes se hacían en Navidades, Carnavales, Fiestas del Cristo en las sociedades del “Casino” y “La Obrera” y... el cine. Aquel entrañable cine de los domingos... Las películas se proyectaban en la única sala que había en el pueblo, ya desaparecido, “El Cine Merayo”, inolvidable pero sin comodidad, con butacas de madera y donde las películas nunca se veían enteras por diversas causas de tipo técnico; pero la ilusión era tan grande que ya sólo esperar a la cola que llegaba hasta la plaza era todo un espectáculo hasta que la señora Rafaela llegaba a abrir la ventanilla con una cajita metálica donde guardaba los recaudos. Más tarde se construirían el “Cine Gago” y el “Cinema Paz”, el primero de ellos también desaparecido en la actualidad.

Los niños jugaban al aro, la comba, la pelota, pero especialmente en la acera de Campano se formaba el pelotón para jugar a la cadena y también llamar a los timbres; los niños entonces también jugaban mucho a los piratas o a las canicas y a la peonza. Las personas mayores jugaban a la rana y a los bolos después del recorrido por las tascas y cantinas del lugar: “la cantina del señor Eleuterio”, “El Tropezón”, “Las Morenas”, “El Carlista”...

EL CRISTO

Y... las Fiestas del Cristo, que eran en septiembre, con la salida del Ecce Homo cada siete años. Estas fiestas que se celebran en la explanada del Santuario del Cristo, empiezan el día trece de septiembre con la verbena en la que no faltaban los cabezudos, orquestas, la hoguera y la correspondiente quema de fuegos artificiales, sin faltar los tamborileros que inauguraban la verbena tocando jotas bercianas que bailaban espléndidamente personas ya desaparecidas como la señora Paula y la señora Isabel. Días antes las amas de casa habían preparado afanosamente en los hornos de pan de leña los típicos roscones y las exquisitas empanadas. Para aportar un breve apunte histórico sobre el Cristo del Santuario debemos decir que según algunos autores la imagen se sitúa a finales del siglo XVIII o principios del XIX.

Además de estas fiestas majestuosas las romerías del Carmen en San Román daban un toque personalísimo ya perdido en el tiempo. A estas romerías, junto con las de San Roque de Matachana, iban las familias a pasar el día con las cestas de la merienda.

Después de la misa de los domingos, a la salida, se celebraban los concejos del Bierzo Alto, donde el alcalde del pueblo leía lo que había que hacer, como arreglar caminos, cunetas, plantaciones de chopos en terrenos comunales a base de “hacenderas” que consistía en que cada vecino tenía que realizar un trozo de la obra físicamente. En Bembibre, por ser capital del municipio, había un pregonero, pagado por el Ayuntamiento, que después de avisar mediante el toque de tambor leía el “bando”, órdenes del Señor Alcalde.

En los años sesenta comenzó la emigración hacia países extranjeros como Francia o Alemania de gentes del Bierzo Alto y, en los setenta y ochenta, la inmigración de trabajadores portugueses, caboverdianos o pakistaníes que venían a trabajar en las minas de carbón afincándose en Bembibre y pueblos limítrofes. Esto, unido a los cambios económicos, técnicos y políticos, es lo que ha propiciado el salto radical de la agricultura, ganadería, construcción, ambiente y paisaje de Bembibre a un mayor desarrollo pero quedando para la memoria de los mayores aquel recuerdo de un Bembibre que ya es historia. Hay que destacar el trabajo fructífero que se hace todos los años por recuperar y ensalzar las fiestas y tradiciones. El año pasado me acerqué en las Fiestas del Cristo. Llegué el día que se celebraba en la Dehesa la merienda con empanada y vino, joticas y tamborileros; la mayoría eran personas

mayores pero pensé de pronto en mi infancia en Bembibre, en mis padres, en lo diferente que era todo y me emocioné mientras bebía un vaso de vino buenísimo que, aunque se tome “en vaso pequeño”, como el del Bierzo no hay otro igual.

M^a ÁNGELES BASANTA FERNÁNDEZ
1992